

cia de pié y á espaldas del sillón de Ceinos, tocó en un hombro tan espresivamente, que reconociéndose el golilla, añadió:

—El tribunal, digo, ha fallado en justicia: pero el real acuerdo, que representa al rey N. S., bien pudiera suspender la ejecucion de la sentencia....

—¡Suspendedla, suspendedla! clamó Mencía con tan tierno desgarrador acento, que no solamente las damas todas, sino muchos tambien de los soldados, y quizá alguno que otro corchete aun no enteramente acorchado, repitieron unísonos:

—¡Suspendedla, suspendedla!

Pero los tres oidores, cual si fueran de hierro fundido y no mortales con entrañas como los demas hombres, permanecieron impasibles, contentándose Ceinos con decir:

—El real acuerdo ecsaminará la súplica de las damas aquí presentes, y resolverá lo que mejor convenga al servicio del rey nuestro señor. Ministros: despejad la audiencia.

Y no hubo mas: las señoras, arrolladas por una manga de alguaciles y alabarderos, viéronse en la necesidad de salir de la sala capitular, clamando siempre:—*¡Suspended la ejecucion de la sentencia! ¡Suspendedla! ¡Suspendedla!*—Pero sin haber en realidad conseguido ni siquiera un asomo de esperanza.

Indignadas, pues, las mas directamente interesadas en el negocio, que eran las dos esposas de los Avilas; ofendida la altivez jenerosa de la marquesa; y las otras, cuál mas, cuál menos abatidas, bajaron las escaleras, y estaban en el zaguan de las casas del cabildo, mas perplejas é irresolutas que á su salida del palacio del marques, cuando súbito oyóse en lontananza un rumor temeroso como el de la tempestad lejana, y resonó en todos los ángulos de la plaza simultáneamente el grito aterrador de—*¡A las armas! ¡A las armas!*—Confusamente repetido por discordantes voces.



#### CAPITULO XIV.

DE LA UTILIDAD DE LOS MOTINES PARA PRECIPITAR LAS CATÁSTROFES.

Los pueblos tienen dias en que están, como las personas nerviosas cuando respiran una atmósfera de electricidad sobrecargada, tan irritables y asustadizos, que la menor contradiccion los ecsalta, y el mas insignificante rumor los estremece. En esos dias el cerrar de una puerta retumba en los corazones, como si fuera el estampido del trueno; la voz del que saluda se toma por grito de alarma; y el viento que silba basta para llenar de pánico terror á las enfermas populares masas. Llenos de ansiedad los ánimos, cada hombre ve enemigos y no mas que enemigos en cuantos le rodean; y una palabra dicha sin malicia, pero con prevencion desfavorable escuchada, promueve acaso un incendio, mientras que ofensas graves se sufren por no comprenderlas.

Tal era la situacion del antiguo Tenuchtitlan, ó de la ciudad castellana como los contemporáneos la llamaban, cuando las damas salieron poco menos que arrojadas de los estrados de la audiencia, y en la plaza mayor resonó el grito de alarma.

Súbito los soldados, que esperaban con cierta ansiedad no esenta de caritativo espíritu el resultado de las súplicas de las señoras, separándose de los corrillos en que, con su acostumbrado lenguaje satírico-mordaz, trataban de los asuntos del momento, acudieron cada cual al sitio que respectivamente y de antemano le estaba señalado, si no con la mecánica precision que el filósofo enciclopedista Federico II introdujo siglos despues, por un método mucho mas enérgico



que filosófico, en los ejércitos europeos, al menos con presteza bastante para que en diez minutos ofreciera la plaza el aspecto de un fuerte cuya guarnición se prepara á defenderse vigorosamente contra... ¡contra quién?... Eso precisamente ignoraban los adalides de la real audiencia, pues á la manera con que, segun Góngora en uno de los mas bellos de sus bellísimos romances, el del *Rebato*,

“Las adargas avisaron  
 “A las mudas atalayas;  
 “Las atalayas los fuegos;  
 “Los fuegos á las campanas.

Así en Mexico ciertas voces sediciosas alarmaron á las rondas, las rondas á las patrullas, las patrullas á los batidores de estrada (guerrillas decimos hoy) de los puestos avanzados, los batidores á las avanzadas, estas á los centinelas de las bocas-calles, y los centinelas, en fin, á todo el ejército *doctoral* en torno del cadalso acampado.

—¡A las armas! ¡A las armas!—Clamaban, pues, los bisoños militares; y el alguacil mayor

“Junto á las llorosas damas,  
 “Oyó el militar estruendo  
 “De las trompas y las cajas,

sin que de él podamos en rigor decir aquello de

“Impulsos de honor le incitan  
 “Y lazos de amor le paran;”

Pero sí, en cambio, trovando al poeta insigne á quien la posteridad suele no comprender en sus bellezas para castigarle de haber algunas veces escrito en culto, que

*Impulsos de odio le incitan,  
 Lazos de temor le paran,  
 No salir es cobardía,  
 Grave peligro es dejarlas....*

Mas ¡por el cielo santo! que si no me detengo, capaz soy de convertir este capítulo en un curioso romance, cuando ya para siempre me creí curado de la deplorable manía de reducir la espresion de mis pensamientos á renglones desiguales.

Alto, pues, y antes que algun severo crítico me recuerde el famoso

*sumite materiam vestram,*

volvamos á nuestro humilde acostumbrado tono diciendo que, en efecto, al escuchar Juan de Sámano las voces de alarma, y los redobles de los tambores, y los ecos de los clarines, presumiendo, como

era natural hacerlo en tales circunstancias, que el pueblo, sublevado total ó parcialmente, trataba cuando menos de redimir las cabezas de los Avilas, quisiera por una parte acudir luego á sofocar aquel incendio; mas, por otra, considerando que las damas, y singularmente la marquesa y Elvira, mujeres, la primera de gran prestigio por su alta nobleza, y la segunda por su resolucion varonil, pudieran ser á su espalda temibles enemigos, vaciló durante algunos instantes en lo que hacer debía.

Vacilar es siempre malo: con mujeres suele valer tanto como cederles la victoria, porque son como la humedad, que si una vez halla quiebra por donde introducirse en un edificio, acaba con él infaliblemente mas tarde ó mas temprano.

En el rostro le leyeron las mexicanas el pensamiento al ministro de las iras de los doctores, y movidas todas de un mismo espíritu, cual si concertado se hubiesen de antemano, rodearonle clamando:

—Señor Juan de Sámano: interceded por los sentenciados. Si vos quereis, salvaránse. ¡Interceded por ellos, interceded por ellos!

Ni una palabra que aludiese ni remotamente á la alarma de la plaza; ni una sílaba que tendiese á detenerle en el cumplimiento de sus obligaciones: pero, en efecto, redoblaban sus clamores, animadas por las voces próximas de los soldados y lejanas del pueblo, y no dejaban al alguacil mayor que diera un solo paso.

En esto Villegas, á quien los doctores, creyéndose ya poco menos que cercados de iracundos enemigos, enviaban á saber la causa del inesperado rebato, llegó oportunamente en auxilio de su perplejo colega, diciéndole:

—¡A la plaza, Sámano, á las armas!—¡Sin duda los amigos de los traidores vienen sobre nosotros!

—Señor alcalde (respondió sosegadamente el alguacil), oidme antes dos palabras aparte.... Yo os prometo, señoras, interceder por los reos; dejadme ahora acudir á mi obligacion.

Y desembarazándose, como pudo, del femenino apiñado escuadron, dijo al oido de Villegas algunas palabras, concluidas las cuales, saliendo á la calle, montó á caballo con mas vigor del que de sus años pudiera esperarse.

—Partamos (dijo Elvira en tanto y en voz baja á la marquesa); sin duda algunos de nuestros amigos han tomado las armas, y quizá viéndonos á nosotras con ellos, el pueblo imite su ejemplo.

—Partamos, pues (respondió la ilustre dama); no se diga nunca que hemos dejado de hacer cuanto nos fué posible en obsequio de los nuestros.

Terminado ese breve diálogo, iban las señoras á salir del zaguan de las casas del cabildo, mas ya, adelantándoseles Manuel de Villegas, tenia ocupada la puerta por dos filas de alabarderos que espalda con



espaldas cerraban el paso esactamente lo mismo que lo hubieran hecho *caballos de frisa* de aceradas puntas erizados.

—¡Paso! (esclamó Elvira) ¡Paso! Nosotras ni estamos presas, ni tenemos mas armas que las de la razon y el dolor! Dejados retirar tranquilamente.

—Perdonad, señoras (respondió el alcalde por Sámano endoctrinado); pero en este momento fuera esponeros á riesgos salir á la plaza, donde quizá sea necesario hacer uso de las armas de fuego.

—Dejados salir (repuso la marquesa): las mujeres nobles no son mas cobardes que los hombres plebeyos.

—Vea vuesenoría (insistió Villegas), que en medio de un rebato....

—Paso, Villegas (clamó ya escaltada la esposa de D. Alonso); ó declarad de una vez que para degollar á los maridos sin que las quejas de las mujeres os importunen, habeis resuelto encadenarnos. ¡Digna de vosotros será tal hazaña!

—Ahorremos palabras, señoras mias (replicó el alcalde ya mohino); de aquí no saldreis ahora, ni hasta que la plaza se haya sosegado.—Ciérrense las puertas, y concluyamos.

Concluir podia convenirles á los parciales de la audiencia, pero de ningun modo á las damas ni á su servidumbre, interesadas, por el contrario, en dar á lo que acontecia grandes proporciones, pues que así esperaban aterrar á los doctores y conseguir de ellos, en consecuencia, lo que de otro modo fuera difícilísimo.

Por tanto, al cerrarse las puertas de la casa de la ciudad en virtud de la orden de Villegas, prorumpieron las señoras dentro del zaguán en un grito de cólera y terror á un tiempo; y á la parte de afuera, doncellas, dueñas, escuderos, lacayos y pajes, en un infernal clamoreo, bastante él solo á poner en alarma una provincia. Pero los gritos de dentro poco importaban á Villegas, pues que no podian hallar otros ecos que los del edificio; y á los de fuera hizo aplicar sin contemplaciones el remedio usual en tales casos, á saber: un diluvio de palos, descargado á diestro y siniestro con las astas de las alabardas, sobre la turbamulta que osaba quejarse de la inesperada é injusta detencion de las damas, hasta reducirla á un ángulo de la plaza y á profundo silencio, á mayor abundamiento.

En tanto, puestos en arma los cuerpos de guardia y sus reservas, al pié de los cañones los artilleros, ardiendo las mechas de piezas, mosquetes y arcabuces, enristradas las picas, y reinando en las tropas esa ausencia de todo rumor y movimiento que presajia siempre la procsimidad del momento en que van á romperse las hostilidades, oíase cada vez mas cercano el estrépito de la asonada, cerrábanse á golpe seco las puertas y ventanas, huian despavoridos los curiosos, y retirábanse á la carrera sobre su base de operaciones rondas y patrullas, maldiciendo muchas veces las precauciones y fórmulas militares de reconocimiento y santo que la práctica tenia establecidas, y las cir-

cunstancias requerian entonces imperiosamente, como preliminares indispensables para acojer en el recinto de la plaza á cualquiera fuerza armada.

Juan de Sámano, á caballo, iba de punto á punto, reconociéndolos todos, y en todos ordenando á su jente con el aplomo y serenidad que solo alcanza, aun el valiente, con la esperiencia de la guerra y el hábito de sus riesgos, dotes que entrambas concurrían en aquel hombre, á quien no le faltaban para ser un escelente capitan mas que la caballerosidad y el desinterés.

Dictadas sus primeras disposiciones y seguro de su ejecucion, ocupóse en seguida, interrogando á las destrozadas patrullas y rondas, qué era lo que en la ciudad producía aquel alboroto, deduciendo de las escasajeras respuestas que dieron los prófugos, segun costumbre de los vencidos, gran parte de la verdad, si no toda ella, tal cual vamos á referirla ahora nosotros.

El lector recuerda sin duda, y contamos mucho con su memoria porque sin ella difícilmente podrá hacerse caso de la simultaneidad de acontecimientos que á nosotros no nos es posible referir sino gradual y sucesivamente; el lector recordará sin duda que los indios sublevados en el Tianguetz de Tlateoleo abandonaron aquella plaza, cediendo á las instigaciones de Cristóbal, mas no para regresar al campo ó retirarse á sus casas, sino para ir á México, tanto á pedir reparacion del agravio que se les habia hecho estorbando el mercado de aquel dia, cuanto á fin de estorbar, si era posible, la ejecucion de los Avilas. Por su parte, la activa serpiente de Tlaxcala, apenas libre, atravesando, por decirlo así, el convento de Santiago, y encaminóse con lijereza suma á cierta casa no muy distante, que servia de cuartel jeneral á unos cuarenta ó cincuenta bravos, résto de la cohorte un tiempo á sueldo del *Mártir*, por Alma-negra, Absalon y Corta-orejas, nuestros ya difuntos conocidos, capitaneada, y que á fuerza de oro y de temeridades consiguió reclutar D. Fernando de Valdestillas en aquellos dias.—El sitio á que aludimos era una especie de aduar de jente perdida, donde todo vicio tenia su natural asiento, presidiendo la pereza á la nunca interrumpida bacanal: por manera que, ya por lo temprano de la hora, ya por ser aquellos dias en México poco á propósito para que tal casta de pájaros volase mucho, halló Cristóbal reunidos y bebiendo á la mayor parte de los bravos, que fué en su concepto como si un criadero de oro hubiese descubierto.

Decirles dos palabras de dinero, batalla y saqueo, fué como clavarle el acicate á un corcel de pura sangre; esto es: hacerlos saltar del lecho ó del asiento, abandonando sin ceremonias el jarro lleno ó la báquica ninfa, para ceñir las armas, tocarse el sombrero y dar con sus cuerpos en *lo del rey*, ó sea en la calle, husmeando ya el motín cual el podenco las liebres, apenas pisa los llanos que las crian.



Era Cristóbal demasiado conocedor del carácter y moral estado de sus compatriotas para perder un solo instante en palabras vanas: los indios, pasado el fervor de los primeros momentos, y careciendo de un jefe inteligente que los dirigiese, forzosamente habian de desalentarse, dispersándose ante la primera ronda que con resolución se los intimase, sin mas resistencia que la que al milano oponen las palomas. Urjia, pues, primero que el mismo Cristóbal se incorporase á la asonada para encaminarla segun á sus fines convenia; y segundo, que los bravos se colocaran de vanguardia, siendo jente, una vez en el combate empeñada, que no se prestaba á retroceder fácilmente.

Todo sucedió como el tlaxcalteca lo deseaba: sus paisanos, silenciosos y sombríos, vacilaban en penetrar en el antiguo Tenuehtitlan, sin embargo de que la fortuna apartó hasta entónces de su camino á todos los agentes de la audiencia, cuando incorporándoseles los bravos y el mismo Cristóbal, hicieron variar súbita y completamente la escena. El servidor de los Valdestillas inflamaba los ánimos con sus elocuentes palabras: mientras que los bravos, alborotadores y fanfarrones, rompian la marcha por las calles de la ciudad imperial adelante, clamando á grito herido:

—¡Los Avilas! ¡Los Avilas! Que nos den á los Avilas! Abajo la audiencia! ¡Viva el marqués del Valle!!!

Y otras tales y no menos sediciosas frases.

Como no podia menos de acontecer, mas de un hidalgo castellano, ocultando el rostro bajo el embozo de la capa, pero con la espada desnuda y el corazon rebotando saña, se incorporó á los amotinados. Si hubo mercaderes que cerraron sus tiendas apresuradamente, no faltaron oficiales que abandonaron el trabajo para agregarse al tumulto; y en resúmen, cuando las rondas acudieron por distintos caminos para apagar el fuego de la sedicion, ya aquel incendio habia tomado cuerpo bastante á requerir otras bombas de mas poder para sofocarlo.

Seamos justos, sin embargo: aquello fué el motin de unos cuantos, mas bien que un alzamiento popular: la mayoría de los habitantes de México, la mayoría misma de los hombres de armas tomar enemigos de la audiencia ó de su gobierno descontentos, abstúvose de unirse á la asonada. Si alguno lo estraña, dirémosle, en primer lugar, que presos los principales caballeros, el bando del marqués carecia de pendon, de caudillos, de agentes, de vida, en fin, como para padecer no fuese; en segundo, que los pueblos rara vez se mueven en masa para redimir á nadie del cadalso, aunque sí alguna quizá para vengar á los muertos; y últimamente, que el secreto y dureza con que los doctores procedian, dando por primera noticia del resultado del proceso contra la conjuracion, la sentencia que á muerte condenaba á dos hombres como los Avilas, infundió justificado terror en los mas de los ánimos.

Pero los indios del arrabal y campesinos que habian comenzado, con

razon sobrada, quejándose de que se les estorbaba ganar su vida en el mercado de Tlaltelolco, acabaron sin advertirlo y un paso tras otro por convertirse en instrumentos de Cristóbal, y figurantes de revolucion, dando con su número importancia al reducidísimo de verdaderos conjurados, que de la asonada se aprovechaban para desahogarse su enojo.

Que si aquellos hombres encontrasen con una sola escuadra de tropas regulares, se dispersaran á la primera descarga, no admite para nosotros la menor duda; mas como las rondas eran lo que todas, y las patrullas de poca fuerza; y cuando una se presentaba, ya la anterior habia tenido que ceder á la superioridad del número, fué posible á Cristóbal llegar con su hueste intacta, entusiasmada y orgullosa, hasta las avenidas de la plaza mayor, donde desde luego echó de ver, y lo que es peor, echaronlo de ver igualmente muchos con él, que los obstáculos eran mas sérios, y los enemigos formidables.

Nada mas fácil para Juan de Sámano que dispersar aquel aluvion de personas entre sí heterojéneas y sin mas vínculo que las ligase, que el fervor de pasajera cólera: uno ó dos cañonazos bastaran y aun sobrarian para ponerlos en fuga.... Mas Sámano, en el primer momento, ignoraba si se las habia ó no con el pueblo de México, y como tanto podia ser lo uno como lo otro, fuera un delirio colocarse desde luego en la alternativa de vencer ó morir infaliblemente.

Fuerzas para luchar contra la ciudad sublevada, no las tenia la audiencia, y si bien era poderoso refuerzo el del ejército de Velasco, ni con él podia contarse muy de seguro, ni en todo caso bastara para reducir á los ciudadanos y á la plebe, si con la nobleza coligados, se arrojaban á la arena de la sedicion resueltamente.

La prudencia, pues, esijia reconocer antes de todo las fuerzas del enemigo y reservar los tiros de la artillería, arma entonces de mas efecto moral que efectivo, para el último extremo.

En tal convencimiento procedió el alguacil mayor, como hombre que conocia por larga esperiencia la guerra civil, despejando primero completamente, por medio de cargas sucesivas de caballos apoyados en la infantería lijera, los aproches de la plaza; y cuando ya tuvo el peligro distante, dispuso dos salidas por diferentes puntos, tanto con el objeto de reconocer el número, fuerzas, y organizacion de los contrarios, cuanto para facilitar la marcha de una patrulla de jinetes destinada á noticiar á Velasco lo que acontecia, y requerirle formalmente en nombre de la audiencia para que diese, sin pérdida de momento, lo que se llamaba en aquella época *favor al rey*.

Tras de las esquinas resguardados por temor á los mosquetes, gritaban indios, bravos y conjurados, que no habia mas que pedir; y si alguno de los de la plaza era osado á acercárseles, no le faltaba con quién medir sus armas: pero apenas cuatro ó seis caballos galopaban en ala, ó una manga de piqueros les cargaba, cada cual se retiraba lo